

(vida cristiana)

SALUTACION

Mis queridos jóvenes estudiantes: Yo os saludo, y en mi salutación a través de estas líneas os envío junto con mi cariño, mi admiración.

La juventud es la vida ardiente que brota; es el porvenir que se abre inmenso, el sueño dorado que tu alma guarda como un tesoro, cuya deslumbradora belleza revelarán los años venideros.

Ten el orgullo de tu juventud. La juventud es el tiempo de prepararse. No has venido a la tierra para caminar sin objeto, a la aventura del camino, sino para cumplir tu tarea de mujer o de hombre cristiano.

No te pierdas entre esa juventud de la que hablaba antaño Paúl Bourget: la de los "que tienen por alma una máquina de calcular al servicio del placer".

Tu vida es una obra en construcción y no debes relegar al mañana este empeño fundamental. Podría ocurrir que fuese ya tarde. No sabes lo que el porvenir te reserva. No sabes que serás inferior a tu obra si desde hoy no empiezas a prepararte.

La alegría que inunda tu vida no tienes derecho a malgastarla. Debes servirte de ella para hacerte mejor.

¿Te parece difícil tal ascensión? No lo creas. La juventud es la edad de la confianza y del entusiasmo. Ser joven es creer en el porvenir, estar seguro de que el presente no lo es todo, y de que la realidad puede transformarse por nuestro esfuerzo.

Los labios juveniles no pueden nunca pronunciar el melancólico "no puedo". Querido joven: no dejes adormecerse, apagarse el fuego que te devora. Tu vida es una continua ascensión. En el largo y fatigoso camino no ha de abandonarte el pensamiento del aire puro que te refrescará en la cima.

No te pares con languidez y decaimiento.

Como el niño de la leyenda, oye incesantemente la voz que te invita a seguir ascendiendo. Es la voz de tu director espiritual.

La vida es como un viaje por mar. Duc in altum, te dice Cristo. Por El rema sin cesar, a fin de alcanzar las aguas profundas lejos de la frivolidad superficial.

La vida ha de ser el camino hacia la estrella que nos ilumina y nos guía.

Si alguna vez desaparece, iremos en su busca, no descansaremos hasta encontrarla de nuevo, porque sin estrella es imposible vivir.

Que a lo largo de tu ruta te acompañe tu ferviente juventud. Y caminarás con el alma inundada de luz.

Yote invito, querido estudiante, a que junto conmigo eleves tu joven corazón con esa plegaria de esperanza que la Iglesia Madre nos pone al principio de la Misa: "Ad Deum qui laetificat juventutem meam", "Al Dios que alegra mi juventud".

Confía siempre en su gracia, no dudes nunca de su amor y practicarás el bien a tu paso por la tierra. Y en tu estela germinará la esperanza de nuevas cosechas.

Esta es la salutación, en el primer número de nuestro periódico, de tu

Director Espiritual

Quienquiera que seas, no mires nunca al sacerdote que escogiste para confidente de tu alma como a un simple confesor, sino como a tu director espiritual.

En la confesión declaras tus pecados y obtienes el perdón cumpliendo la penitencia.

Mas el sacerdote, en este sacramento, no es únicamente el juez que te absuelve; es además, el médico que desea curarte y mantenerte en salud, el amigo que te estimula y reconforta.

Concédele ilimitada confianza. Sabes con qué afección paternal se asoma a tu alma y cómo repercuten en él los remolinos que la agitan. Hizo el sacrificio de abandonar el



mundo, a fin de poder amar y darse mejor a las almas, para entregarlas luego a Jesucristo.

Sin cesar ruega al Maestro que haga a su pobre corazón humano vibrar tan apasionadamente como el Corazón Divino.

Confíale tu conciencia, muéstrale sus más insignificantes repliegues; te ayudará a conocerte a tí mismo, a descubrir "las torceduras del alma", a precisar en qué punto debes acumular mayor resistencia.

Cuéntale las tentaciones que te asedian, dile las dudas, las inquietudes que te acosan y volverás a encontrar la serenidad.

Expón qué inclinaciones e influencias te van moldeando poco a poco cada día; él te enseñará esa bendita elevación por encima de lo que nos rodea, inseparable de toda vida espiritual.

También debes revelarle, cuanto haya de bueno en tu alma; conseguirá que te encuentres a tí mismo y puedas utilizar mejor para Cristo esas energías de que dispones.

Tu vida debe ordenarse bajo su dirección y sus consejos; no sustituirá su voluntad a la tuya, pero la

favorecerá y la hará más fuerte.

Mira a tu confesor a pesar de sus posibles imperfecciones como el representante de Jesucristo. En Nombre de Dios te muestra el camino: síguelo con docilidad y confianza.

Durante largo trecho estas palabras tuyas te acompañarán; las oirás... como un débil eco... tan lejano, que acaso no adivines de dónde viene: "¡Ascíende!, ¡Ascíende siempre!...